

TEJIENDO COMPROMISOS en el ámbito eclesial (FORO SOCIAL PERMANENTE)

Crónica de las jornadas de Marzo de 2021

Análisis del papel eclesial en el fomento de una convivencia pacífica y justa

El encuentro - coloquio celebrado el pasado 9 de marzo en Pamplona trató de analizar el papel eclesial en el fomento de una convivencia pacífica y justa.



En octubre de 2020, Foro Social Permanente tras un largo período de reflexión interna, decidió lanzar una ambiciosa propuesta para la construcción de la **convivencia democrática**. Si hay un sentido prioritario legitimante y asumible en toda sociedad y sus leyes, ese es el acuerdo por la evitación del sufrimiento causado por la conculcación de derechos humanos, civiles y sociales.

Dentro de esta dinámica se enmarca un ciclo de mesas redondas y encuentros denominados **“Tejiendo compromiso”**, celebrados durante los martes de marzo en las tres capitales de la Comunidad Autónoma Vasca y de Navarra.

El encuentro - coloquio celebrado el pasado 9 de marzo en Pamplona trató de analizar el papel eclesial en el fomento de una convivencia pacífica y justa. Participaron Juana Indurain, médica de familia y miembro de Comunidades de Base, Miryam Aranzadi, ingeniera aeronáutica, de Comunidades de Vida Cristiana CVX y del Centro Loyola, y Mikel Garciandía, vicario episcopal y capellán del Santuario de San Miguel de Aralar.

Juana Induráin, médica de familia de profesión y miembro de comunidades de Base.



Comenzó su intervención por destacar lo importante que consideraba el hecho de poner en común y reflexionar conjuntamente sobre el conflicto desde distintas posturas, en su caso, “desde una posición colateral, pero no por ello menos reseñable y responsable, ya que de una u otra forma esta cuestión nos atañe a todos y todas”.

“Alcanzar la resolución, o por lo menos encontrar una vía de consenso para todos y todas, es también nuestra tarea especialmente si queremos evitar que las generaciones futuras hereden el conflicto”.

Explicó que nació en el barrio de la Txantrea, en el seno de una familia obrera y cristiana, aunque no practicante, debido al sufrimiento vivido como consecuencia de la Guerra Civil. Que de niña estudió en un colegio religioso y a los 17 años entró en la Parroquia de San Cristóbal (en el mismo barrio), “empujada por una inquietud de conocer a Jesús y de hablar de los problemas e ideales de esa edad”.

“Durante muchos años fui conociendo y enamorándome de la figura y de los valores de Jesús, todo bajo la influencia insalvable de la problemática política y social del Momento. Mi inmersión e implicación en el conflicto vasco fue involuntaria y la violencia y las manifestaciones en las calles eran constantes y yo las seguía desde la ventana de mi casa.

Las detenciones indiscriminadas también sucedían habitualmente y, en ocasiones, eran muy numerosas. Yo me hacía muchas preguntas: ¿por qué detenían a esa gente?, ¿a quién detenían?”

Explicó que en esa época pasaba mucho miedo y estaba muy confundida. “No me atrevía a opinar ni a participar en discusiones que giraban en torno a esta realidad. En la parroquia era “amarilla”, poco sensible y comprometida, mientras que en casa sacar este tema era impensable, principalmente porque quería evitar la preocupación de mi padre y mi madre; y el colegio podía convertirse en un entorno hostil si se aludía al conflicto porque enseguida recibiría la etiqueta de “terrorista”. En definitiva, de una forma u otra todas estábamos implicadas”.

Detalló que por aquel entonces sintió que los valores de Jesús la interpelaban: una opción por los pobres, compartir la vida y los bienes, no juzgar, respetar la dignidad de cada ser humano, no dejar a nadie al margen, la lucha por la justicia y por la construcción del Reino, que para nosotros era construir un mundo más humano y más justo. “Me interpelaban y me hacían salir de una zona de seguridad y confort en la que había vivido hasta el momento; ya que conectaban con mis inquietudes e ideales de juventud en los que tenía poco que perder”.

“Durante toda mi vida he intentado seguir a Jesús optando por el bien común y por los derechos colectivos, apoyando causas justas y, en la medida de lo posible, denunciando las injusticias que identificaba en los entornos en los que me he movido. En el interior de la Iglesia también he vivido fuertes contradicciones, especialmente debido a que la Iglesia, como institución, recelaba y no aceptaba muchas de las cosas que decíamos y denunciábamos”.

Juana habló después de cómo pasó a formar parte de la comunidad de base parroquial: “después de cinco años de catecumenado, entré a formar parte de la comunidad de base parroquial, nos coordinábamos con otras comunidades de base (CEB) de Navarra y de Euskal Herria. En las otras provincias la realidad de las CEB era más cercana a las posturas de la Izquierda Abertzale, su implicación en el conflicto era más explícita y contaban con mucho apoyo de sacerdotes relevantes en ese momento en sus diócesis. Por esta razón, mi experiencia fue tan intensa y dura como enriquecedora. Ahí experimenté que se puede opinar y llegar a consensos desde posturas distintas y más cuando se dialogaba tras momentos de oración y reflexión desde el evangelio”.

“Con los años he ido viendo cómo a medida que se alargaba la situación de violencia los discursos se distanciaban cada vez más, dificultando la resolución del conflicto. Así, veía lo difícil (cuando no imposible) que resultaba alcanzar los fines que se buscaban por medio de la violencia, al mismo tiempo que el reconocimiento y tratamiento de todas las violencias que coincidían en nuestra realidad era muy distinto, en algunos casos incluso se negaba categóricamente, de forma que los relatos que existían sobre el conflicto estaban muy polarizados y se excluían unos a otros”.

Comentó que, desde su experiencia, “tenía muy presente que Jesús no había sido neutral, ya que siempre optaba por el más pobre, el más oprimido, el más vulnerable. Asimismo, yo tampoco era neutral, pues bastantes personas cercanas a mí (pareja, amigos.) eran víctimas de un lado, y veía cómo afectaba a su vida y al entorno cercano. Por otro lado también era consciente del sufrimiento de otras personas víctimas de otros tipos de violencia por mi trabajo. Por ello, procuraba, interpelada por mis creencias, escuchar sin juzgar e intentar contribuir a los debates desde mi postura, desde mi perspectiva. No obstante, esta posición no era fácil, la coletilla era que yo no era víctima...”.

La ponente consideró que “desde la fe en Jesús tenemos mucho que aportar, actitudes de respeto a la diversidad, escucha sin juicio, diálogo y compromiso con la realidad social, así como la denuncia y lucha contra las injusticias y en la conquista de derechos para todos y todas”.

“A lo largo de la vida descubres que los seres humanos somos muy vulnerables como especie y que dependemos en gran medida de otros y otras para sobrevivir, sin descuidar nuestro entorno y nuestro planeta, la Madre Tierra. Cada una de nuestras acciones o no acciones tienen una repercusión en todo y no puedes engañarte y cerrar los ojos.

“Todas las personas somos iguales: somos VIDA que se manifiesta en nuestros cuerpos, tenemos pensamientos, emociones y una profundidad humana en la que todos coincidimos y somos lo mismo. En el momento en que eres consciente de que Tú y Yo somos lo mismo, desde la fe diríamos Hijos de Dios (presencia consciente), el dolor del otro se hace tuyo y todo cambia, tu visión, tu relación y tu postura en el conflicto. Esto no se da muy a menudo, pero cuando lo COMPRENDES ya no puedes obviarlo.

Concluyó su intervención apuntando que “como institución la Iglesia es bastante conservadora, cuida más de sí misma y de su doctrina que del mensaje de Jesús y de sus miembros. Del mismo modo, cuando está cercana al poder apela a la igualdad, a obedecer, seguir sus mandatos y al Papa, pero cuando no es proclive al poder del momento, entonces apela a la libertad para acogerse a sus principios y entonces hasta el Papa no es tan infalible”.

Por ello, añadió que consideraba que “como Iglesia deberíamos volver la mirada a Jesús y rescatar su mensaje y su causa: el respeto, la misericordia, el cuidado y acompañamiento con el que sufre. Nuestra aportación a la construcción de la convivencia debería darse en cada realidad que participamos, contribuyendo con un talante conciliador, dialogante y posibilitador de un discurso inclusivo que es necesario si queremos construir ese espacio de encuentro para resolver el conflicto”.

...

Miryam Aranzadi, ingeniera aeronáutica de profesión, que participa desde hace 6 años en la Comunidades de Vida Cristiana, comunidades laicas presentes en los cinco continentes que buscan en la espiritualidad ignaciana su modo de responder al compromiso con la historia, con el mundo.



Además, Miryam también participa en el grupo Kintsugi, en el marco del Centro Loyola, que busca reflexionar de forma específica en torno a la reconciliación, de una forma integral, formado hace año y medio que, como la ponente explicó, “se encuentra en una fase de cimentación: aprendiendo, escuchando y reflexionando sobre qué es la reconciliación y sus dimensiones”. Y desde hace un par de meses, se ha incorporado también al equipo de trabajo en la línea de misión de sociopolítica a nivel estatal, la cual, desde hace 2 años, centra su trabajo en la creación de espacios de diálogo cívico en el marco de la Transformación de Conflictos.

Explicó que, pese a que es limitada la experiencia que tiene en la temática de transformación de conflictos o en el “conocimiento del conflicto violento que ha habido en Navarra y que aún no está resuelto”, el proceso de transformación interior que ha vivido en este tiempo le ha enseñado que la reconciliación es un proceso de restauración a partir del reconocimiento del daño causado, la superación de sus consecuencias y la creación de una nueva relación.

Comentó que “en conflictos que tienen tanto recorrido y expresiones tan violentas como el conflicto que hemos vivido aquí no tiene una solución inmediata, pero sí es posible trabajar en su transformación para ir acercándonos hacia una convivencia, hacia ser una comunidad y estar más reconciliados. El punto de partida de esta construcción está en el respeto incuestionable de la dignidad humana y la aceptación de la historia pasada y de la realidad presente”.

La ponente habló, además, de que, bajo su punto de vista, “sabiendo que todos somos hijas e hijos de un Dios que es Misericordia, siento que existe una llamada a construir una cultura de reconciliación integral”.

Consideró que la mirada cristiana “aporta una radicalidad en la defensa y restauración de la dignidad humana, al considerar que somos todos hijas e hijos de Dios y por lo tanto hermanas y hermanos. Creo que este sentir fundamental de la persona cristiana tiene varias consecuencias directas que aportan en la construcción de la convivencia democrática y que la interpelan a participar y aportar de forma activa en la búsqueda de la convivencia pacífica. Es una llamada a todos los creyentes y miembros de la Iglesia”.

La ponente explicó cómo, desde esta visión que proponía, “tanto la víctima como el victimario son hijas e hijos de Dios, mis hermanas y hermanos, con unas heridas a las que estamos llamados a sanar”.

“Para con las víctimas, es necesario reconocer la igualdad real y efectiva de cada una, independientemente del origen de la violencia ejercida sobre ellas, y entendiendo que cada una de ellas tiene unas necesidades concretas que no deben ser nunca objeto de negociación. Todas sus necesidades deben ser satisfechas y reparadas”.

Por otro lado, sin dejar nunca de lado las víctimas ni sus necesidades, la ponente también puso el acento en el hecho de que “la persona cristiana también está llamada a recuperar y sanar las heridas del hermano o hermana victimario”. “En este proceso de sanación, surge el momento de ofrecer o pedir perdón de un modo auténtico que propicie verdaderas experiencias sanadoras y restaurativas y hacer justicia. Entendiendo además que moralmente no es exigible a una víctima que perdone. En cambio, dentro del proceso de sanación y como parte del compromiso de no repetición, sí se pide al victimario que pida perdón”.

Para terminar con su reflexión, Miryam añadió que consideraba que “el compromiso de participar por la construcción de una convivencia pacífica es de todas las personas. Como parte de la Iglesia, creo que esta puede ofrecer y promover espacios de diálogo seguros. Es fundamental adoptar una actitud de respeto y promover espacios donde las personas puedan ser mutuamente reconocidas, a la vez semejantes y legítimamente diversas. Desde estos espacios, necesitamos poner en práctica la autocrítica y el diálogo abierto y sincero, que parte de la comprensión de que la perspectiva individual siempre es incompleta”.

“Para empezar, estos espacios de diálogo pueden ponerse en práctica dentro de la Iglesia, que es diversa en experiencias y opiniones, pero con un nexo fuerte común que es sabernos hijas e hijos de un mismo Dios desde el que poder dialogar como hermanas y hermanos.

Y esta experiencia ofrecerla a toda la comunidad, comprometidos con la construcción de una convivencia pacífica”.

...

Mikel Garciandía, cura diocesano, profesor de teología, Vicario episcopal en la zona de Mendialde, capellán de San Miguel de Aralar y también es director del centro de espiritualidad de Zamartze.



El vicario intervino exponiendo cuál era su visión como cristiano sobre los retos que la construcción de la convivencia plantea, con las siguientes palabras que a continuación reproducimos:

Comienzo pidiendo a Dios Padre la misericordia para mirarme a mí y a los demás desde su ternura. Pido a nuestro Señor Jesucristo el coraje de mirar honestamente a la Verdad, esa que desea sanar y salvar a todos y que pasa por su Cruz. Pido al Espíritu Santo discernimiento y sabiduría para cuantos hemos sido convocados hoy y aquí, para que tracemos entre todos sendas de justicia y perdón, que ayuden a reparar el dolor en tantas víctimas inocentes. Que San Miguel nos defienda en la lucha contra el Mal que anida en el corazón humano.

La violencia terrorista de ETA ha dejado un cortejo de miseria física y moral entre nosotros.

Esa herida ha de ser sanada. Urge curar y acompañar a cuantas víctimas a día de hoy nos gritan silenciosamente desde su dolor. Y hoy el peligro que yo veo es el de cerrar la herida de la violencia en falso, sin terminar de sajar el odio, la mentira, la manipulación y tantos intereses que rodean y oscurecen nuestro panorama social.

Humanamente, las ideologías tienden a demonizar al distinto y cargar en los demás todo el peso de la culpa y disculpar y justificar el mal propio con todo tipo de sofismas. Como cristiano, considero natural preguntarme qué parte de culpa o connivencia con el mal he tenido yo, o nosotros cristianos, o los entornos políticos que han amparado y propiciado el silenciamiento del diferente, su marginación y hasta su muerte. Pienso que esta tiene que ser la hora de los profetas de la paz, que han de denunciar el pecado y anunciar un tiempo de gracia para todos, víctimas y victimarios.

En torno a Pentecostés, y tras el año de la misericordia, organizamos en Zamartze y San Miguel de Aralar por tres años unas jornadas de oración para pedir a Dios luz en este túnel cuya sombra se está alargando sin fin. En ellas acogimos el testimonio de

mujeres y hombres golpeados por la violencia. Aquellos días suscitaron una reflexión, una sensibilidad y una sana inquietud hacia las víctimas que sufrieron la acción del terrorismo revolucionario y la reacción de las fuerzas de orden público. Me impactó el hecho de que algunas víctimas incidieron con fuerza en que también los victimarios estaban encerrados en un círculo infernal de deshumanización y que era posible rescatarlos de esa espiral mortal.

Veo aún en nuestra sociedad navarra una incapacidad para afrontar la verdad, no mi verdad ni nuestra verdad, la de mi grupo o de mi clan. Me refiero a esa Verdad que duele, denuncia, avergüenza, pero que sólo desde ahí redime y salva. Como cristiano, pienso que no debo resignarme a ver cómo las reivindicaciones políticas sustituyen la lucha por el poder mediante el odio y las armas, por otra lucha más sutil, que es la lucha por el relato.

Espero que este encuentro de hoy contribuya a que todos, cuantos hemos venido y a cuantos legítimamente han considerado no hacerlo, a no conformarnos con maquillar la realidad o a considerar que esto no tiene remedio. Buscar mi relato es seguir una dinámica de confrontación y buscar la Verdad, en cambio, es acoger lo que dicen los otros. Sólo así el reconocimiento de lo sucedido es real, podremos interpretarlo en común y elegiremos ser otra vez el mismo pueblo, sin marginados ni excluidos.

Soy hijo de unos padres profundamente cristianos que me inculcaron con su ejemplo el amor preferencial a los más pequeños y excluidos. Y eso me ayudó a vivir la rebeldía en el entorno de mi pueblo, Etxarri Aranatz, y a no escuchar los cantos de sirena que proponían traer al mundo un paraíso mediante la eliminación de los disidentes y los distintos. Sentí físicamente el miedo en Jesús Ulayar, ex-alcalde del pueblo, asesinado más tarde a manos de hijos del pueblo, y cuya memoria es aún humillada pues donde fue abatido, a día de hoy hay unos contenedores de basura por todo recuerdo.

A veces me dejé llevar del miedo y del qué dirán. Otras veces lo superé con la ayuda de Dios y aprendí de mis padres y de la comunidad cristiana a valorar más el Evangelio que la propia seguridad. Viví el contraste de ser tachado de español en Etxarri y de sospechoso vasquista en Pamplona. Volví a sentir el mismo miedo físico en José Javier Múgica, concejal de Leitza en mis primeros meses como diácono y sacerdote en Leitza. También él brutalmente asesinado junto a su casa.

Me decepcionó que el desandar el camino de la violencia por parte del nacionalismo radical fuera tan parcial. Considero que aún es largo el camino hacia el honesto y veraz reconocimiento del mal causado, y no como un mero fallo estratégico, sino como una ofensa de lesa humanidad.

Admiro profundamente la entereza de aquellas víctimas de la violencia que decidieron no vivir en el odio ni en el rencor, ese que únicamente tiene como fruto la autodestrucción.

Invoco la memoria de María Luisa Ayuso, viuda del general Atarés, cristiana de una pieza, que no permitió que el odio y el deseo de venganza entraran siquiera en su corazón.

¿Cómo construir la paz? ¿Cómo lograr una convivencia democrática? No estoy hablando en un plano político, que por cierto no compete al clero sino a los laicos. Hablo desde un plano prepolítico, o moral, que es donde debe descansar la legítima actividad política, que de lo contrario queda reducida a una cruda lucha por el poder. Estamos en este ámbito del Foro Social Permanente. En mi opinión, esa pretensión será legítima en la medida en que se incorporen todos los agentes sociales concernidos, de lo contrario, terminará siendo inevitablemente un mecanismo de propaganda con mejor o peor intención. Una identidad cerrada es aquella dispuesta a escuchar a los afines y a los que nunca me propongan una enmienda a la totalidad. Una identidad abierta es la que no selecciona a sus interpelantes. Jesús dice en el Evangelio. “Si cuando vas a presentar la ofrenda en el templo tu hermano tiene quejas contra ti, ve primero a reconciliarte con tu hermano y entonces sí, presenta tu ofrenda, que será grata a tu Dios.

La paz se construye entre todos, y comenzando por dar voz a los sin voz, en este caso las víctimas. No podemos ningunearlas ni instrumentalizarlas para construir un relato tranquilizador y autojustificativo. La paz se construye preparando la paz. Sustituyamos el macabro si vis pacem para bellum, por el evangélico si vis pacem para pacem. No hay caminos para la paz. La paz es el camino.

Para terminar, el vicario hizo también referencia a una personalidad, en su opinión, muy inspiradora, como es el Papa Francisco, porque se ha atrevido a hacer una encíclica sobre la amistad social, *Frattelli Tutti*”. Extrajo de la misma, “para nuestra reflexión”, algunas apreciaciones suyas:

180. Reconocer a cada ser humano como un hermano o una hermana y buscar una amistad social que integre a todos no son meras utopías. Exigen la decisión y la capacidad para encontrar los caminos eficaces que las hagan realmente posibles.

182. Cada uno es plenamente persona cuando pertenece a un pueblo, y al mismo tiempo no hay verdadero pueblo sin respeto al rostro de cada persona.

249. Es fácil hoy caer en la tentación de dar vuelta la página diciendo que ya hace mucho tiempo que sucedió y que hay que mirar hacia adelante. ¡No, por Dios! Nunca se avanza sin memoria, no se evoluciona sin una memoria íntegra y luminosa. Necesitamos mantener «viva la llama de la conciencia colectiva, testificando a las generaciones venideras el horror de lo que sucedió» que «despierta y preserva de esta manera el recuerdo de las víctimas, para que la conciencia humana se fortalezca cada vez más contra todo deseo de dominación y destrucción».

250. El perdón no implica olvido. Decimos más bien que cuando hay algo que de ninguna manera puede ser negado, relativizado o disimulado, sin embargo, podemos perdonar.

Cuando hay algo que jamás debe ser tolerado, justificado o excusado, sin embargo, podemos perdonar. Cuando hay algo que por ninguna razón debemos permitirnos olvidar, sin embargo, podemos perdonar. El perdón libre y sincero es una grandeza que refleja la inmensidad del perdón divino. Si el perdón es gratuito, entonces puede perdonarse aun a quien se resiste al arrepentimiento y es incapaz de pedir perdón.

198. Acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo eso se resume en el verbo “dialogar”.

253. De todos modos, no se puede pretender que sólo se recuerden los sufrimientos injustos de una sola de las partes.

278. María. Ella recibió ante la Cruz esta maternidad universal (cf. Jn 19,26) y está atenta no sólo a Jesús sino también «al resto de sus descendientes» (Ap 12,17). Ella, con el poder del Resucitado, quiere parir un mundo nuevo, donde todos seamos hermanos, donde haya lugar para cada descartado de nuestras sociedades, donde resplandezcan la justicia y la paz.

...

***LAS CONCLUSIONES DEL ENCUENTRO SON CUESTIONES ABIERTAS A SEGUIR
DESARROLLANDO JUNTOS EN UN MARCO ECLASIAL***

Han sido muy diversas las aportaciones realizadas por los asistentes. Líneas de opinión y líneas de acción que quedan abiertas para su continuidad posteriormente:

- Los espectadores activos y la sociedad callada. Una llamada al protagonismo personal y la responsabilidad como facilitadores del encuentro entre los protagonistas. ¿Qué puedo hacer yo?
- Profundizar en el perdón, frente a los procesos de odio y venganza o las estrategias paralizantes, “que pidan perdón a las víctimas”. Las referencias evangélicas dan luz en pasajes como el de la cruz (tortura), “perdónales porque no saben lo que hacen” o la parábola del hijo prodigo. Justicia, verdad y reparación preceden al perdón, pero ¿realmente lo hacen innecesario?
- La autocompasión es paralizante. Quedarse lamiendo las heridas propias sin tener el coraje de avanzar y apostar por la vida que sigue.
- Unas preguntas para la reflexión y la autocrítica: ¿cuál ha sido el papel de la iglesia en esta historia?; ¿cuál está siendo el papel de los medios de comunicación eclesiales?
- La educación de los jóvenes una oportunidad y una responsabilidad. El programa del Gobierno de Navarra por la Paz y la Convivencia lo está ya abordando. ¿Cuál es el modo de abordar este tema desde los colegios religiosos?
- Identidades abiertas. Lucidez, apertura al diálogo, escucha abierta. No al diálogo como monólogo.
- La dignidad humana a la base de todo el proceso
- ¿Hay alguna contribución específicamente cristiana al proceso de paz y convivencia democrática? Denunciar las injusticias, cercanía a las víctimas, defensa de la dignidad de cada persona, reconciliación, esperanza, ...
- La iglesia es diversa en las bases, pero lamentablemente no en las alturas.
- En Navarra tenemos un problema identitario de fondo que crea muchos de los problemas de convivencia.
- El conflicto es asimétrico, el poder es mucho más lento que los ciudadanos, tendremos que aceptar distintas velocidades, los políticos van más despacio.